

LA DERECHA RADICAL POPULISTA. ¿FRENO REACCIONARIO O ACELERADOR DE LA HISTORIA?

Jorge Latorre Merino. Universidad del País Vasco.

Nota biográfica: Graduado en Ciencia Política y Gestión Pública en la UPV/EHU. Participación como ponente en el XI Congreso Vasco de Sociología y Ciencia Política.

Dirección de correo: jorgelatorre65@gmail.com

En la mayor parte de movimientos pertenecientes a la denominada derecha radical populista podemos hallar elementos conceptuales que provienen, principalmente, de dos corrientes ideológicas claramente diferenciables. Por un lado, encontraríamos similitudes con la corriente conservadora o tradicionalista; por otro, puede apreciarse una tendencia vitalista que bien podría asemejarse en mayor medida a los movimientos fascistas de la primera mitad del Siglo XX. A través de la comparación del discurso de este actor en auge con varios autores provenientes de ambas corrientes trataremos de identificar qué elementos de la incipiente derecha populista encajan en un encuadre y en otro.

Palabras clave: Derecha, tradición, nación, populismo, conservadurismo.

ÍNDICE

Introducción	Pág. 3
El gen vitalista	Pág. 6
El gen conservador	Pág. 11
Punto de convergencia	Pág. 13
Conclusiones	Pág. 15
Bibliografía	Pág. 17

1- INTRODUCCIÓN

A fin de responder a la pregunta de investigación del presente estudio, es crucial comenzar explorando los principales factores que propician el inesperado avance de los diferentes partidos de derecha radical populista en los actuales sistemas políticos de Occidente. Considerando que los elementos activos que un actor lleva a cabo (discurso, prácticas, propaganda, etc.) nunca son suficientes para dar respuesta de su devenir electoral y su crecimiento en apoyos. La relación de éste con su electorado, el papel simbólico que adopta dentro de un sistema político y el entorno socioeconómico e institucional en el que propaga su discurso son factores que en ningún caso puede desestimar el investigador si pretende dar con las claves que definen su ubicación política e ideológica. Es por ello que la primera tarea que debe afrontar la presente investigación es la de identificar los grandes factores explicativos que dan cuenta del auge de lo que denominamos nacional populismo. Bien es cierto que no podré detenerme a analizar las particularidades que explican el crecimiento en apoyos de este actor en cada país, y solamente contaré con los elementos explicativos a nivel transnacional que dan respuesta a este fenómeno a escala global.

A nivel sociológico, hay dos elementos con una relevancia fundamental para explicar este avance, presentes en todos los sistemas políticos en los que el nacional populismo ha logrado echar raíces; y que, de forma inevitable, no se comprende uno sin el otro. Estos elementos no son otros que el desamparo y la identidad.

En un revelador artículo publicado en 2015, el investigador y docente de la Universidad del País Vasco Imanol Zubero propone el término “desamparo” como categoría sociológica, un término con gran valor explicativo para abordar el auge de la derecha populista en el seno de las democracias occidentales. Zubero define el desamparo como las “esperanzas normativas frustradas, el desasosiego ante el futuro, la pérdida de estatus y la sensación de anomia” (Zubero, 2015: 102). Y es aquí donde la identidad aparece como escudo ante estas esperanzas normativas frustradas. En la obra de Manuel Castells podemos encontrar apartados que arrojan buena luz sobre las anteriores cuestiones. Por un lado, el autor centra su atención en el surgimiento de identidades defensivas que ofrecen refugio y solidaridad ante tres amenazas: la globalización, la flexibilidad (en toda la amplitud del término) y la crisis de la familia patriarcal. Así, la etnicidad se reformula como elemento reactivo que hace frente a tales amenazas, una fuente de discriminación y estigma que; sin embargo, por sí misma no es capaz de producir identidades, éstas se construyen –dice Castells- “con las materias primas de la historia, la lengua, la geografía y el entorno” (Castells, 1997: 88). Llegados a este punto el populismo consigue hacerse fuerte y crecer frente a aquellos que han dado la espalda a los valores sobre los que se cimientan las sociedades occidentales. Es aquí donde las formaciones de derecha radical populista logran reinterpretar las esencias (más adelante exploraré con mayor profundidad este concepto) de las democracias actuales y apropiarse de éstas, desprestigiando a sus adversarios políticos y señalándoles como culpables de los principales males que asolan a la nación.

Existen dos grandes modelos teóricos que explican el avance de la nueva ultraderecha: La teoría de los perdedores de la globalización y la teoría de la ansiedad cultural (Simón, 2017). Hay un gran número de indicadores que demuestran el desmedido crecimiento de la desigualdad en los países de la Unión Europea y Estados Unidos. Entre ellos podemos destacar que entre 1979 y 2013 los ingresos del 1% que más gana en Estados Unidos crece en un 188%, mientras que los ingresos de las clases media y baja solamente aumentan en un 18%, de hecho, una familia estadounidense de clase media, ajustada la inflación, percibe el mismo salario que en 1996. Vemos, asimismo, cómo en las economías más avanzadas la clase media se ha visto reducida y proletarizada entre 1980 y 2013. Los datos objetivos son esclarecedores en este respecto, sin embargo, a tenor del incremento de la desigualdad económica, también crece de forma considerable la percepción subjetiva de desamparo por parte de los ciudadanos, desamparo de un sistema que de algún modo está amañado a favor de las élites políticas y económicas. Nos hallamos, por tanto, ante el derrumbamiento del optimismo generalizado en Europa y Estados Unidos en los albores de la era neoliberal de finales del Siglo XX, la caída del sueño americano y el capitalismo popular.

Manuel Castells resume de forma idónea la teoría de los perdedores de la globalización a través de su distinción entre el trabajador genérico (propio de las sociedades industriales, capaz de realizar constantemente la misma tarea productiva) y el trabajador *autoprogramable* (quien es capaz de reinterpretar los nuevos códigos de producción y adaptarse a los espontáneos cambios de una sociedad volátil e impredecible). Pues bien, según Castells, en la era de la información el trabajador genérico está inevitablemente evocado a la exclusión, en el marco de un sistema productivo que puede permitirse desechar una mano de obra obsoleta que considera un lastre para su desarrollo (Castells, 1999). Tal vez estos trabajadores genéricos sean quienes, al verse menospreciados por una sociedad global cada vez más incomprensible e incierta, decidan aferrarse a la opción que les proporciona certidumbre. De este modo, la derecha radical se convierte en la única fuente de sentido para algunos de los perdedores de la globalización, capaz de fijar los lazos de una comunidad en estado de crisis y condenada a la desaparición. Queda claro que la teoría de los perdedores de la globalización explica en buena medida los programas económicos proteccionistas y las políticas arancelarias de los partidos nacional populistas.

Por otro lado, la teoría de la ansiedad cultural está basada en datos recogidos a partir de encuestas exclusivamente subjetivas, puesto que no cabe incluir estadísticas de flujos migratorios, afiliaciones a la seguridad social por parte de la población inmigrante, etc. Lo que básicamente muestra la teoría de la ansiedad cultural es un creciente temor a la sociedad multicultural, a la decadencia de la forma de vida tradicional de las sociedades modernas, con todo lo que ello puede implicar. Este modelo explicativo arroja luz sobre las bases ideológicas del populismo de extrema derecha, que se caracterizan por el *antiestablishment*, el euroescepticismo, el nativismo, la islamofobia y el principio de prioridad nacional. Solo el 34% de los europeos confían en las principales instituciones de la Unión Europea, asimismo, crece el sentimiento de que la UE debilita las fronteras y en pocos países se considera que los inmigrantes contribuyan a una mejora del país. Como ya apunta de forma acertada en su investigación Miguel Ángel Simón, los dos modelos teóricos se retroalimentan en una “tormenta política perfecta” (Simón, 2017).

Ambas teorías se resumen perfectamente en un discurso pronunciado por Donald Trump en 2017 a propósito del Brexit: “Lo hemos visto en Reino Unido, votaron para liberarse del gobierno global, de los acuerdos comerciales globales y de la inmigración global que ha destruido su soberanía” (Lizza, 2016).

En cuanto a la cuestión de las esencias, comentada con anterioridad, el programa y discurso del Frente Nacional francés para las elecciones presidenciales de 2017 nos ofrece un buen ejemplo de cómo el populismo de derecha actual se apropia magistralmente de las esencias de la democracia y se postula como la única opción legítima ante una amplia gama de amenazas. La estrategia seguida por Le Pen para expandir un mensaje radicalmente nacionalista y xenófobo se estructura a partir de la transmutación de los marcos interpretativos de su discurso. Así, logra expandir la amenaza de las libertades civiles de los franceses como principal *frame* en su programa, que, como observa Guillermo Fernández Vázquez, está por todos lados saturado de un vocabulario que alude constantemente a la amenaza y a la inminente catástrofe (vulnerar, arrodillar, someter), un discurso marcado por cierto humanismo anticapitalista (Vázquez, 2017).

Con esto, si bien hemos logrado identificar los factores socioeconómicos que a nivel transnacional llegan a explicar el avance de la nueva derecha, ha de reconocerse que los mismos no se ajustan totalmente a la corriente vitalista o a la tradicionalista, como anteriormente se planteaba. Es preciso adentrarse más a fondo en el análisis teórico de ambas corrientes para fijar las conexiones pertinentes con la actual derecha radical populista, dado que los elementos anteriormente destacados podrían corresponder a las características de una suerte de fascismo *blando*; o, por el contrario, a una forma más *musculosa* de conservadurismo. Como acertadamente señala el historiador José Luis Rodríguez Jiménez, la extrema derecha a lo largo de su historia ha adoptado diferentes formas en función del momento y el lugar donde ha anidado, fluctuando desde un tradicionalismo reaccionario en la época de la Revolución Francesa hasta el fascismo de los años treinta (Jiménez, 2006). La cuestión que este trabajo se dispone a abordar es qué relación guarda la actual extrema derecha con sus distintos predecesores.

2- EL GEN VITALISTA

El tiempo y el espacio murieron ayer. Nosotros
ya vivimos en lo absoluto, pues hemos creado
ya la eterna velocidad omnipresente.

FILIPPO TOMMASO MARINETTI
(1909: 2)

La obra magna del historiador y teórico Roger Griffin ilumina a la perfección la pregunta de investigación a la que este estudio pretende dar respuesta. Y es que *Modernismo y fascismo* (Griffin, 2010) sentó las bases analíticas sobre las que hoy debe erigirse todo estudio que pretenda abordar el fenómeno del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. La tesis defendida en esta obra establece la relación simbiótica entre el escenario modernista de comienzos del Siglo XX y el surgimiento del fascismo en el periodo de entreguerras. Debe en este punto entenderse el modernismo como un ambiente generalizado de *Aufbruch*, es decir, huida hacia el futuro, la sensación percibida por toda una civilización de que una etapa termina y otra comienza, en definitiva, el sentir de una sociedad entera de encontrarse caminando al filo de la historia. Si bien es cierto que esta atmosfera generalizada también propició un crecimiento en apoyos a los movimientos socialistas obreros¹, de forma irrefutable fue el fascismo el claro vencedor en este clima de *Aufbruch*. Podemos señalar; por tanto, que la gran aportación de Griffin, más allá del extenso y detallado análisis de la mayor parte de movimientos fascistas en auge en el periodo de entreguerras, es destacar el modernismo como fenómeno genuino de dicha época, y que, sin él, el fascismo no habría sido sino un movimiento de extrema derecha más a lo largo de la historia.

Esta tendencia vitalista o palingenésica, que bebe indudablemente de la filosofía nietzscheana, tiene como horizonte la creación de una modernidad alternativa (Griffin, 2010). Se trata de una rebelión contra la decadencia, un fenómeno cultural específico que surge cuando un grupo de artistas e intelectuales empiezan a experimentar y expresar que la época en la que viven no es un periodo de progreso y evolución, sino de regresión e involución. La estrategia de acción de los movimientos que pertenecen a esta corriente prevé la regeneración total a través de un proceso de destrucción creativa sin precedentes. Este afloramiento debe también su éxito a la caída de los mitos ilustrados de revolución y progreso, causada principalmente por la Primera Guerra Mundial y la crisis económica a nivel global. En cierto modo, esta huida generalizada de la anomia, guarda una estrecha relación con el avance de la actual derecha populista, en cuanto a respuesta transnacional a la modernidad decadente y carente de sentido en forma de proyecto político-económico globalizador.

¹ En esta época, la atmósfera palingenésica se apodera de todos los movimientos políticos con pretensiones revolucionarias. De este modo, el análisis de Griffin ofrece una respuesta convincente a la constante pregunta sobre por qué el movimiento fascista logra triunfar (relativamente) entre sectores sociales tradicionalmente simpatizantes con la causa socialista, y cómo un número considerable de intelectuales y activistas (Mussolini es el ejemplo más destacable) pudieron fluctuar desde el socialismo sindicalista hasta el fascismo.

Un autor clave para comprender el gen palingenésico del fascismo; y, en parte, de la nueva derecha, es Giovanni Gentile, notable político y escritor de la Italia fascista, quien “concibe la historia como realidad dinámica, viviente, de futuro, que debe hacerse proactivamente a través de un esfuerzo, de una visión, de una voluntad de poder; una realidad que no hay que limitarse a reconstruir post-hoc en la biblioteca de una universidad” (Griffin, 2010: 272). En esta línea, el manifiesto futurista redactado por el poeta fascista Marinetti en 1908, da buena cuenta de la voluntad de las vanguardias de crear un movimiento nihilista, activista de la historia, marcado por el miedo a la atomización del individuo y por su necesidad de pertenecer a una unidad orgánica superior, destinada a hacer historia. Esta idea se encuentra claramente plasmada en la obra cumbre de Gentile *Génesis y estructura de la sociedad*, donde se defiende que el miedo a la muerte, a caer en el olvido, al vacío existencial... puede; sin embargo, ser superado si se asume que la existencia individual está estrechamente ligada a la de otros; en definitiva, que nuestra vida no nos pertenece por completo y debe ponerse al servicio de una causa superior (Gentile, 1966: 215). Este espíritu modernista no solamente capta la esencia de la ideología fascista en concreto, sino también la de toda suerte de movimiento o estado totalitario.

Otro rasgo fundamental que comparten la derecha radical populista, por un lado; y el fascismo, por otro; es su carácter selectivo a la hora de construir esa unidad política orgánica (nación, raza, etc.). Dicha construcción, en cuanto a selectiva, busca conservar aspectos saludables y redimibles del presente e incorpora aquellos que se pudieran recuperar de grandeza mítica del pasado, todo ello con el fin de crear una renovada comunidad política. Esa hábil y selectiva combinación de lo primordial con lo hipermoderno logra definitivamente que el pasado mitificado se proyecte en una temporalidad rigurosamente de futuro. El ejército, la religión y el sujeto político agraviado² son, por norma general, algunos de los elementos pertenecientes al presente a rescatar³. De igual manera, la retórica anticapitalista de la extrema derecha siempre ha poseído un carácter notablemente selectivo, y es que tanto el nacionalsocialismo alemán como el fascismo italiano dirigían ataques viscerales hacia el comercio internacional, así como a toda forma de cosmopolitismo; sin embargo, mostraban un respeto absoluto y ensalzaban con frecuencia la figura de los pequeños propietarios y productores nacionales. Esta es una característica definitoria de la Agrupación Nacional⁴ de Marine Le Pen, que incluye toda una batería de políticas arancelarias en contra de las grandes multinacionales y promulga en su discurso un profundo odio hacia la tendencia globalista del neoliberalismo.

² Durante la década de 1920 el sujeto político por antonomasia dentro del ideario fascista era el excombatiente de la Primera Guerra Mundial, ninguneado por una clase política cobarde y alejada por completo de la experiencia del campo de batalla. Hoy; sin embargo, el perfil de votante al que la derecha populista busca (y logra) seducir es el pequeño burgués proletarizado (o parado), generalmente hombre, que percibe la inmigración como una amenaza para su bienestar y el de su familia, mientras una élite política corrupta permanece inmóvil ante la decadencia y la degradación.

³ Estos sectores son frecuentemente ensalzados por el ideario fascista bajo la promesa política de ser liberados de una vez por todas de las restricciones impuestas por un establishment político que los ningunea, aparta y encorseta bajo finos modales y la dictadura de lo políticamente correcto.

⁴ A partir de 2018 el Frente Nacional pasa a llamarse Agrupación Nacional.

Tal vez el filósofo Slavoj Žižek dé con la clave para explicar el giro pseudohumanista antiglobalización de los partidos de extrema derecha al afirmar lo siguiente: “Esto es lo que tanto molesta a los patrióticos populistas de derechas, desde Le Pen a Buchanan: las nuevas multinacionales no hacen distinciones entre las poblaciones de origen, de Francia o EE.UU., y las de México, Brasil o Taiwán”. (Žižek, 2007: 55). Como nos recuerda el politólogo e historiador Robert Paxton, el odio a la burguesía por parte del fascismo se basaba en una crítica a su condición individualista, contraria a la idea de unidad nacional, y en ningún caso se les achacaba su condición de explotadores (Paxton, 2005).

En definitiva, lo que realmente odiaban del capitalismo era su naturaleza materialista y cosmopolita, y no su condición de explotadora. Esta idea pudo (y puede en la época actual) cobrar fuerza entre sectores obreros y la pequeña burguesía proletarizada; a fin de cuentas, en un escenario de crisis económica global con niveles de precariedad históricos, poco importa de dónde provenga la crítica hacia el capitalismo, o el nivel de coherencia teórica de ésta, lo que de verdad importa (y determina el éxito o el fracaso del populismo de derecha) es el nivel de odio y visceralidad que este novedoso movimiento político logra encender y expandir entre estos sectores contra los culpables de la decadencia y la podredumbre.

Por otra parte, podemos hallar con gran frecuencia intervenciones por parte de los representantes de las fuerzas de la nueva derecha en las que consideran obsoleto el eje ideológico izquierda-derecha, y se declaran trascendentes de tales dicotomías desfasadas. Esta tendencia no es nueva, los ideólogos más representativos del fascismo en el pasado siglo siempre insistieron de forma persistente en presentarse como movimientos renovadores ajenos a los esquemas convencionales de clasificación partidista; es más, Mussolini hizo gran hincapié en identificar el partido fascista como un *antipartido*; por su parte, Hitler siempre se refirió al NSDAP como *el movimiento* o *el levantamiento*. Esta tendencia responde claramente a un afán renovador de carácter modernista por parte de estos partidos, se trata de una huida exacerbada de los códigos convencionales de la vida política a fin de acelerar la historia.

Para concluir este apartado, queda demostrado que la derecha radical populista de nuestros días y el fascismo de entreguerras guardan notables similitudes. Resumiendo, un clima social de

desamparo y huida colectiva de la anomia son las primeras causas del éxito político de ambos actores; aunque cabe recordar que la atmósfera modernista de los años 20 no es idéntica a la época actual, a pesar de coincidir en ciertos rasgos. Como se ha expuesto, esta huida de la anomia provoca la adhesión multitudinaria a identidades de refugio, capaces de ofrecer certezas y seguridad en forma de alternativa política. Asimismo, los efectos de la globalización han generado entre sus perdedores una caída del mito del progreso ilimitado muy similar al que vivió Europa tras la Primera Guerra Mundial. Dejando atrás los factores económicos y sociales que propician el auge de esta familia política, hay que destacar la naturaleza selectiva del discurso populista de la nueva derecha, donde se ensalzan y desechan caprichosamente los elementos del sistema económico y social que este actor estima oportuno, del mismo modo que lo hiciera el partido fascista italiano o el NSDAP alemán hace un siglo. No menos importante es la construcción y divinización de un sujeto político olvidado y silenciado por el establishment, en la actualidad vemos cómo el nativo pequeñoburgués proletarizado es la piedra angular de la construcción discursiva del nacional populismo, del mismo modo que lo fue el veterano de guerra cien años atrás. El último elemento destacable donde ambas fuerzas convergen es en su innovadora y poco convencional forma de hacer política; las groseras intervenciones de Donald Trump en sus mítines⁵, el dominio de las redes sociales por parte de la Alt Right y su habilidad para debatir en clave millennial, recurriendo a la cultura del *zasca* y el meme, comparte muchas características con las innovadoras técnicas propagandísticas de las que el partido nacionalsocialista alemán hizo uso, así como la teatralización de los discursos de Mussolini.

Si bien no son pocos los aspectos en los que coinciden estos actores políticos, difieren de forma considerable en muchos puntos ideológicos y programáticos. En primer lugar, la nueva extrema derecha no aboga por la supresión de las instituciones, se desprende; por tanto, de su naturaleza totalitaria. También opta por la desvinculación de agrupaciones neonazis, como es el caso de Alternativa para Alemania y su separación del Partido Nacional Demócrata Alemán, que tiene como horizonte político la constitución del Cuarto Reich. Elimina de sus postulados el concepto imperialista del espacio vital, propio del fascismo y el nacionalsocialismo del Siglo XX, y plantea un programa ultranacionalista a nivel *intra-fronteras*, atenuando la agresividad de su política exterior. Por último, en las formaciones ultraderechistas de la actual Europa Occidental no se encuentran resortes de antisemitismo, el discurso racista pasa a centrarse en la islamofobia. Con todo, puede afirmarse que una actitud menos agresiva es el rasgo principal que separa a estas dos fuerzas.

Lo que me gustaría plantear mediante este estudio es la posibilidad de que el gen conservador que a continuación exploraré sea uno de los factores que explique el menor grado de agresividad

⁵ No olvidemos que Hitler siempre fue visto por la élite política alemana como el “zafio cabo austriaco”.

de la nueva derecha respecto al fascismo. Es evidente que en la época actual la guerra y la colonización (al menos entre potencias cercanas) como horizonte político quedarían automáticamente excluidas de cualquier programa electoral por cuestiones sociohistóricas (no ocurría lo mismo en el periodo de entreguerras), pero el conservadurismo (entendido como una cosmovisión filosófica y no como un dogma político) puede ser un componente de gran valor explicativo para comprender el alejamiento intencionado de la derecha radical populista respecto al fascismo del pasado siglo.

3- EL GEN CONSERVADOR

Aquellos que miran al pasado en vez de al futuro tienen, en todo caso, una visión completa; lo cual es más de lo que puede decirse incluso de los exploradores del futuro mejor dotados.

ROBERT NISBET
(1995: 36)

De forma indudable, resulta complicado destacar un teórico perteneciente al conservadurismo cuyas ideas resuman a la perfección lo que esta larga y diversa corriente tiene en común con la actual derecha radical populista. Más difícil, si cabe, resulta identificar con precisión lo que en el presente trabajo denomino la *corriente conservadora*; no obstante, trataré de dar forma a este concepto a través de una serie de autores que, más allá de establecer un programa político con sus correspondientes propuestas para una época y un lugar determinados, intentaron dar respuesta a qué es lo que realmente frena las pulsiones colectivas de revolución y progreso, y por qué éstas, como – creen - la historia ha demostrado, no son una opción válida para el correcto desarrollo de las sociedades modernas, y no pueden generar sino destrucción y barbarie.

Un autor que puede servirnos de ayuda para perfilar la visión conservadora de la vida política es el neoconservador Michael Oakeshott⁶; quien, en su crítica al racionalismo, distingue dos clases de conocimiento: el técnico, teórico, transmisible y acumulable en libros y manuales; y el práctico, más sutil y difícil de adquirir, y que podría definirse como una suerte de talento o habilidad heredada. Así, prosigue Oakeshott, el racionalista desprecia de forma arrogante el conocimiento práctico, y parte de la purga de la mente; una tabula rasa a partir de la cual edificar un dogma de pensamiento olvidando todo el conocimiento heredado. No resulta difícil hallar toda una batería de ideologías que parten de esta premisa racionalista, opuesta diametralmente al pensamiento conservador. Oakeshott va más allá y emplaza todas las ideologías dentro del campo del racionalismo, marcado claramente por la exaltación del conocimiento técnico, que para él no es sino una planificación de soluciones ideadas ante lo que los racionalistas consideran un problema. Mientras, el conservadurismo prevalece como una actitud. Para el conservador la política es la actividad humana “que consiste en atender los acuerdos generales de un conjunto de personas más que en llegar a nuevos acuerdos” (Oakeshott, 2017: 198); se trataría de un contrato social “no sólo entre los vivos, sino también entre los muertos y los que están por nacer.” (Burke, 2003: 155). En resumen, el conservadurismo entiende la política como la construcción de una comunidad a partir del orden existente, y no como el orden que se impone a lo existente. Esta idea podría encontrarse en sintonía con los postulados de la nueva derecha en su defensa de la familia patriarcal ante el incipiente movimiento feminista a nivel transnacional, o en su retórica antiglobalización, o en sus propuestas de políticas arancelarias... en fin, ante todo lo que hoy en día podría representar la visión de la política desde un plano estrictamente racionalista, principalmente las ideologías de carácter progresista y el liberalismo económico sin trabas y a escala global, aunque también el socialismo y el fascismo podrían encuadrarse dentro de lo que Oakeshott identifica como racionalismo.

⁶ Oakeshott pertenece a una corriente heterodoxa del conservadurismo, y plantea un sistema de pensamiento más cercano a una actitud que a una ideología programática.

No en vano, los partidos pertenecientes a la nueva derecha son frecuentemente denominados ultraconservadores. Y es que, en la medida que un actor político abandona la arena del análisis racionalista y posterior propuesta de soluciones innovadoras con el progreso o la revolución como motor de base; y, por el contrario, busca su fuente de sentido en el saber histórico; en la medida que la tradición y la sabiduría heredada de esa *larga civilización* pesa más que una ideología de carácter universalista susceptible de ser exportada a cualquier época y lugar, ese actor albergará un resquicio conservador.

Con toda seguridad, una idea que subyace en toda la vasta diversidad de obras escritas por autores conservadores sea su rechazo a proyectos revolucionarios en la creencia de que éstos no generan sino pérdidas y despiertan deseos envidiosos, los cuales son - para el conservador - la semilla de las revoluciones. Es la convicción permanente de que todo intento de subvertir una jerarquía es ineficaz, y solo produce un cambio en las bases de poder; el orden jerárquico, por tanto, es inherente a la condición humana. Para todos los conservadores, desde Burke hasta John Gray, lo único que logra erradicar la revolución es la diversidad cultural, social y psicológica de las sociedades. De algún modo, la forma en que el fascismo rechaza la revolución obrera se asemeja en buena medida a cómo lo hace el conservadurismo, de forma que ambas corrientes aceptan la existencia inmanente de una élite capacitada - en el caso del fascismo, destinada - a guiar a las masas, estúpidas e incapaces de valerse por sí mismas. En lo referente al aspecto elitista que el fascismo y el conservadurismo comparten, su principal diferencia radica en que el conservadurismo concibe el orden jerárquico de la sociedad como una forma de estructuración social heredada de la larga civilización, como un legado de la sabiduría histórica cuya supresión solo generaría desastre y caos. Por su parte, el fascismo ve el elitismo como el momento de materialización de un mandato divino - o sacralizado - entre el líder y su pueblo, quienes definitivamente, y de forma mesiánica, acuden a su encuentro con la historia. Esta asunción de que la sociedad debe regirse por una estructura vertical y que todo intento de igualación no haría sino desfigurar el orden social elemental, es un rasgo conservador que está muy presente en la derecha radical populista, quien abandona los postulados mesiánicos fascistas y acepta fríamente que; si las sociedades han estado siempre segregadas por clases, es porque debe ser así. Todo sueño de la razón contrario a este principio, solo produciría monstruos⁷.

Sin lugar a dudas, entendido el conservadurismo en términos oakeshottianos; éste, en tanto que actitud, no es incompatible con una serie de ideologías de diverso signo, y es posible encontrar con frecuencia resortes de esa conducta conservadora, con mayor o menor intensidad, en una gran variedad de actores políticos que jamás calificaríamos de conservadores.

⁷ En contra de lo que describe el famoso grabado de Francisco de Goya, conocido por su notable devoción por la razón ilustrada, el conservadurismo sugiere que es precisamente la deriva y el exceso racionalista lo que produce monstruos, y no la ausencia o letargo de ésta. A tenor de esta idea, sería precisamente el racionalismo el embrión capaz de engendrar formas monstruosas de gobierno, como las dictaduras totalitarias.

4- PUNTOS DE CONVERGENCIA

La modificación de las reglas siempre debería reflejar, y nunca imponer, un cambio en las actividades y creencias de quienes están sujetos a ellas.

MICHAEL OAKESHOTT
(2017: 198)

Esta cita refleja en buena medida algo que el conservadurismo más heterodoxo ha sugerido en múltiples ocasiones. Se trata de una posible respuesta elemental a una pregunta frente a la cual la corriente conservadora se ve arrinconada con frecuencia, y podría plantearse de la siguiente manera: ¿Qué han de conservar las sociedades y hasta cuándo es razonable conservarlo? Salta a la vista la dificultad teórica de ofrecer una respuesta sólida y coherente a tal dilema. Si aceptamos que la historia humana es una historia de inevitable progreso (o al menos, de cambio), ésta juega claramente en contra de quienes basan su ideario político en la defensa de conservar aquello que nos precede, habida cuenta de que poco o nada permanece. El progresista, socialista, feminista, etc. nunca se verá acorralado por semejante pregunta, en virtud de su búsqueda permanente de un proyecto social y político siempre orientado hacia el futuro.

Pues bien, lo que aquí me gustaría sugerir es la posibilidad de que dicha falta de solvencia podría dar buena cuenta de la debilidad mostrada por ideólogos y sobre todo actores políticos conservadores ante el surgimiento de fuerzas fascistas o, en la actualidad, de derecha radical populista. No resulta descabellado afirmar que la ausencia de un sistema preventivo de ideas y postulados teóricos contra los resortes totalitarios que puedan emerger en una sociedad sean una de las causas por las que esta clase de actores puedan llegar a triunfar. Con todo, encontramos dos escenarios comunes donde el fascismo puede nutrirse de apoyos y crecer en las sociedades modernas, dada su ambivalente relación con el conservadurismo: por un lado, la defensa de la tradición es un punto que ambas fuerzas comparten⁸; por otro, el carácter ambiguo a la hora de identificar cuándo la modificación de la norma “impone”, y cuando “refleja” un cambio en las costumbres de una sociedad es sin duda un hueco desde el cual, en la actualidad, la nueva derecha puede ganar terreno ante el inmovilismo y la falta oposición de los partidos conservadores.

⁸ Si bien hemos aclarado anteriormente que el fascismo hace un uso populista de la tradición como estandarte político al que abrazar y jurar lealtad, que a la vez se combina con elementos hipermodernos; mientras que el conservadurismo la utiliza más como una fuente de sentido en forma de cosmovisión que trata de comprender el acontecer del presente; ha de reconocerse que esa distinción puede presentarse difusa en las sociedades de masas; y, por consiguiente, generar un significativo trasvase del voto, como se ha visto en no pocas ocasiones.

En numerosas ocasiones, tanto en los últimos años como en el periodo de entreguerras, se ha apreciado cómo existe una relación entre el colapso de los partidos conservadores, o al menos, tradicionales y con un profundo arraigo sistémico⁹ y el triunfo de los partidos de derecha populista. De esta idea se desprende una clara conclusión, los actores que en este estudio han sido englobados dentro de ese gran concepto que he denominado conservadurismo, como ya anticipaba en el apartado anterior, no son necesariamente partidos de centro derecha como habitualmente se tiende a pensar, se identificarían más con la etiqueta creada por la derecha populista *establishment*, aquellos que; en definitiva, no olvidan que la razón, llevada hasta sus últimas consecuencias, produce monstruos.

⁹ Aquí podríamos identificar un amplio espectro de partidos, no solamente aquellos que poseen la etiqueta de *conservador*. En la actualidad podría incluirse dentro de esta categoría a aquellos partidos pertenecientes al llamado *establishment*, donde tiene cabida desde el partido popular en España, hasta el Partido Socialista francés o el Partido Demócrata estadounidense.

5- CONCLUSIONES

Tras la realización de este estudio comparativo a nivel conceptual, y antes de lanzar las conclusiones, es esencial matizar que ningún movimiento o fenómeno político puede ser homólogo a otro, especialmente si se comparan dos casos tan distanciados espaciotemporalmente. No obstante, sí que se ha podido apreciar una serie de rasgos que la nueva derecha comparte con el fascismo, por un lado; y con el conservadurismo - en menor medida - por otro.

Resumiendo, los escenarios en los que la derecha radical populista y el fascismo emergen guarda un número considerable de similitudes, en especial si atendemos a la secuencia *desamparo, huida de la anomia, búsqueda de refugio en identidades de resistencia y sensación de comienzo*. Como ya apreciábamos al comienzo de este trabajo, el fascismo surge en una época en la que el mito ilustrado de civilización y progreso pierde fuerza en el imaginario colectivo, y el fascismo se presenta como un atractivo movimiento de corte modernista, contrario a la hegemonía cultural y que tiene como horizonte la creación de una modernidad alternativa (Griffin, 2007). De forma similar, el nacional populismo entra en escena como una opción política revitalizante, que rechaza el falso mito de la europeización y la globalización; así, esboza un modelo alternativo de modernidad frente a la actual corriente cultural y política que arrastra a la sociedad hacia la individualización y el sinsentido de la era de la información. Esta idea se une también de forma clara con el rechazo al materialismo y la apelación a valores elevados por parte del fascismo, muy similar a la tendencia de la nueva derecha europea occidental de mostrarse como la opción humanista que planta cara a la globalización, la cual no busca más que convertir a la población nacional en mercancía reprogramable. Observando este punto, también puede apreciarse un anticapitalismo selectivo que señalaba al comienzo de este estudio, muy parejo a aquel que caracterizó al fascismo; y, tanto ahora como antes, logra seducir a una parte del electorado tradicionalmente socialista. La marcada retórica populista es otro de los rasgos que comparten las dos fuerzas que estamos comparando; un populismo que, como explicaba, sitúa en el centro del discurso a un sujeto político agraviado y traicionado por corruptas élites políticas. Por último, tanto el uso de técnicas innovadoras para expandir su discurso como una nueva forma de presentarse en la escena pública son algunas de las características performativas que reducen las distancias entre estos dos actores, a pesar de estar históricamente tan alejados.

Sin embargo, el deliberado distanciamiento de la derecha radical populista respecto al fascismo, como he sugerido, puede deberse a que ésta adopta una actitud conservadora - tal y como aquí se ha definido el término - en un intento por desprenderse de su estigma fascista. La defensa de instituciones como la familia o la iglesia y el rechazo del auge feminista de los últimos años son características que comparten con los partidos conservadores de la actualidad. Por otra parte, la concepción elitista de las sociedades modernas y la asunción de que un orden jerárquico es una premisa indispensable para el correcto funcionamiento de todo sistema político e institucional es una característica que comparten el conservadurismo y la nueva derecha. Estos serían principalmente los aspectos conservadores que el nacional populismo adopta para la elaboración de su discurso. No obstante, la visión conservadora a cerca de la tradición como quintaesencia del correcto funcionamiento de la vida política de las sociedades modernas dista considerablemente de los postulados sustanciales y programáticos que la nueva derecha pone sobre la mesa.

De forma colateral, de esta investigación se puede extraer otra conclusión valiosa. Y es que, al igual que el fascismo, la actual derecha populista aflora en detrimento; e incluso, al abrigo de las fuerzas conservadoras (entendiendo siempre éstas en los términos en los que las define Oakeshott), dado su carácter pluralista y carente de un *manual preventivo antifascista*, con el cual; por el contrario, sí cuentan los movimientos políticos que Oakeshott identifica como racionalistas (véase socialismo, progresismo o feminismo) y les permite ejercer una oposición frontal ante la derecha populista. Por otro lado, bajo la premisa de que el fascismo y la derecha radical populista son movimientos incipientes en determinadas épocas y lugares, que en otros contextos pasan a un estado durmiente; no guardan gran relación con el conservadurismo, el cual prevalece a lo largo de los siglos como una actitud que, con un grado mayor o menor de intensidad, pero de forma permanente, guía la mano de las élites políticas de las sociedades modernas.

Con todo, puedo concluir este trabajo afirmando que la nueva derecha puede estar adoptando la forma de una suerte de *fascismo blando*, ya que mantiene, como se ha visto, ciertos elementos palingenésicos modernistas similares al fascismo, aunque de forma atenuada. Asimismo, abandona sus pretensiones imperialistas y aboga por un ultra-nacionalismo *intra-muros*, y acepta las leyes e instituciones democráticas. Queda, por tanto, rechazada la hipótesis que presenta a la derecha radical populista como un *conservadurismo más musculoso*; o al menos, aún no contamos con un estudio de caso que sugiera tal posibilidad. No obstante, los diversos caminos que pueda tomar este actor en los próximos años en cada país podrá provocar un posible acercamiento hacia un polo u otro.

BIBLIOGRAFÍA

- Burke, E. (2003): Reflexiones sobre la Revolución en Francia. Madrid: Alianza, p. 155.
- Castells, M. (1997). La era de la información (Vol. II): Economía, Sociedad y Cultura. El poder de la identidad. México: Siglo XXI editores.
- Castells, M. (1997). La era de la información (Vol. II): Economía, Sociedad y Cultura. El poder de la identidad. México: Siglo XXI editores, p. 88.
- Castells, M. (1999). La era de la información (Vol. III): Economía, Sociedad y Cultura. Fin de Milenio. Barcelona: Alianza Editorial.
- Gentile, G. (1966): Genesis and Structure of Society. Urbana, p. 215.
- Griffin, R. (2010). Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler. Madrid: Akal.
- Griffin, R. (2010). Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler. Madrid: Akal, p. 272.
- Jiménez, J. L. (2006). De la vieja a la nueva extrema derecha (pasando por la fascinación por el fascismo). Historia Actual Online.
- Lizza, R. (2016). Steve Bannon's Vision for the Trump Coalition After Election Day. The New Yorker.
- Marinetti F. T. (1909). "El futurismo". *Le figaro*, p. 2.
- Nisbet, R. (1995): Conservadurismo. Madrid: Alianza, p. 36.
- Oakeshott, M. (2017): Ser conservador y otros ensayos escépticos. Madrid: Alianza.
- Oakeshott, M. (2017): Ser conservador y otros ensayos escépticos. Madrid: Alianza, p. 198.
- Paxton, R. O. (2005): Anatomía del fascismo. Barcelona: Península.
- Simón, M. Á. (2017). Dos teorías sobre el auge del populismo de derecha. XIII Congreso de AECPA, Santiago de Compostela, p. 1.
- Vázquez, G. F. (2017). Marine Le Pen la "libertadora". XIII Congreso de AECPA, Santiago de Compostela, p. 1.
- Zizek, S. (2007). En defensa de la intolerancia. Madrid: Sequitur, p. 55.
- Zubero, I. (2015). Desamparo, populismo y xenofobia. Revista española del tercer sector, pp. 89-117.
- Zubero, I. (2015). Desamparo, populismo y xenofobia. Revista española del tercer sector, p. 102.

